

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Colinas (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONOMICOS

MURCIA 18 DE OCTUBRE DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En Murcia, un mes. pesetas 1
Fuera, trimestre. 3

N.º 758

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

EN PROPIA DEFENSA

AL SR. MARTINEZ TORNEL

Inaudita sorpresa me ha causado el suceso que en «El Diario» de hoy me dedica el Sr. Martínez Tornel, con motivo de mi información telegráfica á «El Imparcial», referente á los recientes sucesos.

Me encontraba yo muy tranquilo en mi conciencia, de haber hecho una información veraz, de la que no podía resultar, ni aun buscándola con candil, molestia alguna para el amigo y el compañero, siempre objeto de mis atenciones y respetos; y ahora resulta que he procedido apasionadamente contra él, que he faltado á todos los deberes del compañero, del amigo y del murciano.

Yo tengo necesidad de protestar con todas las energías de mi alma de semejantes imputaciones, que solo puedo atribuir á la ofuscación producida en el ánimo, antes sereno, del Sr. Martínez Tornel, por los lamentables sucesos en que tan directamente ha intervenido: yo tengo necesidad de rechazar esas apasionadas é injustas acusaciones, cuya lectura me ha causado tanta pena como estupefacción.

El Sr. Martínez Tornel no ha debido olvidar, ya que á este terreno me obliga á descender, que en la cuenta corriente de las consideraciones periodísticas y de las pruebas de compañerismo, hay un cargo de alguna importancia á mi favor y contra él.

Cuando el director de «El Diario» ha sido objeto en alguna ocasión de injustos ataques, mi pluma, mi modestísima pluma, ha sido la primera y en ocasiones la única en la protesta y en el testimonio de simpatía y consideración al compañero atacado: recuerde el señor Martínez Tornel cierta campaña de «Las Provincias de Levante», personalísima contra él y recuerde mi actitud en aquella y otras ocasiones.

En cambio yo he tenido el sentimiento de que, al ser objeto de ataques personales que no merecía, el Sr. Martínez Tornel que tan bien y tan de antiguo me conoce, no me dispensara el honor de escribir una palabra de protesta contra el injusto agravio inferido al compañero, que tan espontánea y resueltamente estuvo á su lado en ocasiones análogas.

Recientemente, se hizo pública la forma en que fui destituido del cargo de corresponsal del «Heraldo de Madrid», porque ella dió lugar incluso á discusiones en la prensa, y en la ocasión aquella, del compañero en periodismo y corresponsalía Sr. Martínez Tornel, no recibí ni la más mínima demostración de afecto y de protesta: siendo así que otros periodistas y corresponsales, como mi distinguido amigo Sr. Perni, se apresuraron á testimoniarme de modo espontáneo sus sentimientos.

Ahora, no por destitución del señor Martínez Tornel, sino por imposición de los sucesos acaecidos y en que tan directamente interviene, el ilustre director de «El Imparcial» Sr. Ortega, Mulla me dispensa el honor de confiar-me el cargo de corresponsal telegráfico de aquel gran periódico; y yo, al recibir el telegrama de mi nombramiento en el Círculo de Bellas Artes, me apresuro á consultar al Sr. Frutos Baeza si debía ó no aceptarlo, en consideración al señor Martínez Tornel, y decidido ya á la aceptación, me apresuro á escribir á este señor una afectuosa carta de explicación y cortesía.

En este estado mis relaciones periodísticas con el Sr. Martínez Tornel, y cumpliendo yo con tan escrupuloso cuidado mis deberes de compañerismo, en toda ocasión y en todo momento, comienzo mi servicio de información telegráfica á «El Imparcial», y qué ha po-

dido en él encontrar el director de «El Diario» para que me acuse de todas esas cosas que me acusa?

De la nota de mal murciano, que parece querer arrojar sobre mí (él que aconseja serenidad y aplomo al Sr. Aguado! no he de defenderme siquiera. Las patentes de murcianismo no se adquieren en la redacción de «El Diario» con el refrendo del Sr. Martínez Tornel. Se obtienen en la pila bautismal, al recibir las aguas del Segura de manos del sacerdote: y se confirman en el amor y el cariño á esta tierra idolatrada, que pertenece á cuantos en ella nacimos, que no es patrimonio exclusivo de nadie.

De la nota de mal amigo, de mal compañero si he de defenderme, porque á pesar del agravio que hoy me infliere, hijo sin duda de momentánea ceguera del entendimiento, el Sr. Martínez Tornel, por razones para mí muy respetables y muy íntimas, tiene muchos títulos á mi consideración y á mi aprecio.

Las primeras palabras que yo telegrafé en la tarde del domingo último á «El Imparcial», fueron para renovar mi protesta ardorosa por el atropello brutal é inmerecido de que «El Diario de Murcia» había sido víctima y para reflejar la calurosa manifestación de simpatía de que con dicho motivo estaba siendo objeto el Sr. Martínez Tornel.

He seguido después telegrafando, con respeto escrupuloso á la verdad, todo cuanto aquí ha ocurrido, relacionado con aquel triste suceso: he expuesto las manifestaciones hechas por el periódico del Sr. Tornel, las de «El Liberal», menos que todas las de EL CORREO DE LEVANTE, para que la repetición del nombre del periódico que dirigió en mis telegramas, no apareciese como un reclamo hecho al mismo.

Y lo he telegrafado todo: lo que pedía favorecer al gobernador y lo que podía perjudicarle: lo que podía constituir un argumento en su favor y lo que podía constituir un argumento en su contra: porque las instrucciones que yo tenía recibidas de «El Imparcial» eran las de telegrafiar la *verdad de los sucesos*; y yo he telegrafado lo que he creído honradamente la verdad.

Ha podido ocurrir, que al referirme por ejemplo á la carta-clarificación de la protesta, haya creído yo después de un detenido exámen de nombres, que no eran la mayoría de estos de empleados públicos como el Sr. Martínez Tornel suponía: ha podido ocurrir, que yo creyera por manifestaciones de los propios firmantes de la protesta, incluso de muchos de los que no han suscrito la carta-clarificación, que al firmar en las listas colocadas en la redacción de «El Diario», ignoraban que se trataba, á la vez que de un acto de simpatía á su director, de un acto de censura contra las autoridades: pero aun creyendo yo esto y telegrafándolo así ¿en qué faltaba á los deberes de amistad y de compañerismo con el Sr. Martínez Tornel? Porque no creo yo que este, tenga la pretensión de hacer subordinar á su criterio y á su pensamiento, el pensamiento y el criterio de los demás.

Eran todas estas, incidencias en cuyo juicio nos hemos dividido, cada cual en uso de su derecho y á impulsos de su criterio, ajenas completamente á la protesta fervorosa contra el atentado y á la expresión de simpatía profunda á la personalidad del Sr. Martínez Tornel: protesta y expresión en la que todos los murcianos hemos estado, estamos y estaremos de perfecto y unánime acuerdo.

Yo invito, yo reto al Sr. Martínez Tornel á que me cite una frase, un concepto de mis telegramas, que resulte molesto para el compañero ó el amigo: ni yo soy capaz de estamparlo ni «El Imparcial» de darle cabida en sus columnas: yo creía que el Sr. Martínez Tornel conocía mejor y hacía mayor justicia al periódico y al corresponsal.

Si yo no conociera la modestia, la

sencillez de mi distinguido compañero el director de «El Diario» creería hijas de desmedida soberbia las acusaciones que se permite hoy hacerme, y las cuales enérgicamente rechazo por inmerecidas: solo puedo atribuir las, como antes digo, á la ofuscación que la han producido hechos que todos deploramos y condenamos.

No he de permitirme yo juzgar, ni aquí ni en parte alguna, las informaciones de mis dignos compañeros, los corresponsales de los demás periódicos murcianos: todos ellos inspiran sus informaciones en su leal entender y en lo que les dictan su criterio y sus sentimientos: pero yo tengo derecho á exigir al Sr. Martínez Tornel, que juzgue con más justicia que lo ha hecho hoy, la información del corresponsal de «El Imparcial».

He procurado serenamente, reflejar con exactitud lo ocurrido, sin molestias para nadie y sin propósito de hacer otra causa que la causa de la verdad: si en algo he disendido de lo que opina el señor Martínez Tornel, yo lo siento mucho, pero no ha sido mi propósito producirle la menor contrariedad.

Y me permito recomendar al señor Tornel mayor calma en sus juicios, que procure despojarse de todo apasionamiento y tenga la seguridad de que entonces, habrá de rectificar el concepto injusto que le he merecido y aun se arrepentirá—á fuer de honrado y de cristiano—de haberme dirigido acusaciones de que en modo alguno soy merecedor.

F. Bautista Monserrat

INSTANTANEAS

Las palmeras

(Segun un poeta modernista)

Sois gigantes centinelas del tesoro de esmeraldas que á los pies teneis guardado; guardias mudos, silenciosos que prestáis sombra á las ranas con la glauca maravilla del dodec de vuestras palmas... ¡y cellais...!

Observáis desde la altura donde flotan los penachos azotados por los aires el cantar no pronunciado de las cosas...

de las plantas y las rosas, de las leves y polferomas mariposas... de las ranas, de los gansos, de los pardos gorriones... ¡de las cosas!

Adornadas de collares os presenta como reinas triunfadoras, vencedoras, victoriosas sempiternas, inflexibles serpentinadas... ¡veis el cielo!

La pasión apocalíptica con que tiemblan esas plumas de esas verdes crestas que son troncos del espacio rubicundo y brillante, es el mundo, son amores, son alientos germinales, son vitálicas caricias... ¡son cosas!

Almas fuisteis que purgais por delitos hermafroditos un pecado...

vais subiendo poco á poco hacia el cielo, pero nunca lo encontráis; el tantísimo suplicio recordais y mirais y mirais sin oger con vuestros brazos lo que tanto deseais, como mártires esclavos con arrieras coronas... ¡El martirio de las cosas!

¡Sois las chozas de los ángeles, glaucas plumas...! ¡Desgraciadas! Plácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

Los pelones

Si yo me acabara sin contaros la verdad de lo que pasó en Hormigosa el 12 de Junio, me llevaría conmigo una amargura insoportable. No llaméis vanidad á esto: hay cosas superiores á nosotros y que hablan solas, como las que os voy á decir sin asomo de amor propio.

No hubo en Hormigosa aquel día ni baches, ni lluvias, ni nada de eso que tan bien sienta en el fondo de un cuadro militar. Echaban lumbres el sol y fuego, las laderas de los viñedos, y desde las alturas de Hormigosa veía el río en el fondo, quemando los ojos con el brillo de luz en el agua corriente, como chispazos rápidos de una espada gigantesca, y á su lado la carretera, blanca como una faja de cal viva manchada á trechos por las seis baterías rodadas, inmóviles y como fatigadas bajo el sol que mariposeaba en el bronco de los cañones.

No sabéis las amarguras que sufrimos desde el comienzo de la campaña. Nosotros no éramos nadie ni podíamos servir nunca para nada. ¡Pobre regimiento, que seguía al ejército como un harapo incómodo de que no podía desprenderse! Como yo eran allí todos: pequeños, insuficientes, desgarrados, sobrantes de la selección que hacían en las Cajas la artillería, los ingenieros y la caballería. Cuando llegaba la hora de pelear, se nos ponía en un lado para que no estorbásemos, y os juro por estos galones que más de una vez ví llorar de coraje al coronel, otro como nosotros, viejo ya, con dos ojos chicos abiertos á punzón, y un bigote casi blanco cortado al nivel del labio. En el cuartel general tenía aquel héroe menudo su apellido, «Retaco», y nosotros el nuestro, el único que había parecido bien á aquellos oficiales del Estado Mayor que gastaban lentes y se peinaban á diario. Nosotros éramos los «pelones».

Todo esto es muy triste, pero era verdad. Ni en la acción de Centeneda, ni en la sorpresa de Lagartera, ni en parte alguna hicimos nada, porque cuando el cuerpo de ejército estiraba sus miembros con arreglo al plan convenido, venía uno de aquellos oficiales con lentes y decía invariablemente:

—¡A un lado esos!
«Esos» éramos los «pelones»; el coronel «Retaco» revolvía el caballo con el gesto más agrio y duro que un cordobán, y desfilábamos hasta cerca de la ambulancia y de los asemileros, que se refun delante de todo el regimiento sin rebozo alguno. Y allí se quedaba el regimiento, apoyados todos melancólicamente sobre las armas, mirando con tristeza á los que más lejos se batían, oyendo delante de nosotros el rumor enérgico de la pelea y detrás el ruido ingrato de los herradores y los relinches de espanto de los coemilas.

Pero llegó el día tremendo de Hormigosa, y aquel momento en que se juzgó imposible tomar jamás el agrio repecho de la Culebra. Parecía que todo el fuego del cielo encendía aquella cumbre. Dos veces intentó la subida la tercera brigada, toda buena gente que adelantaba á la carrera, y dos veces bajó á la carretera un poco desordenada verdaderamente. Adelantaron las seis baterías y granizaron sobre las trincheras de la Culebra hasta el mediodía. Saltaban allá arriba las piedras y el terruño hecho polvo, pero las otras se mantenían firmes.

Entonces se tocó llamada en el cuartel general, junto al río, y pasaron hacia allá los jefes de las brigadas y los oficiales de Estado Mayor, todos preocupados, y hubo junta para el sorteo. Lo que no quiso la voluntad, quizo el azar: el número uno fué para los «pelones», y el jefe de nuestra brigada nos dió orden de avanzar en orden de batalla.

Recuerdo, como si lo estuviera viendo, el brío y coraje con que «Retaco» se volvió al regimiento melancólico y aquellas sus memorables palabras:

—¡Hay que subir, «pelones»!
Pasamos. Toda la primera brigada se va con cierto recato al vernos, y la segunda también, y llegamos al pie del repecho. Iba «Retaco» delante con el sable, dos veces más largo que su brazo, en la mano, cogido nerviosamente á la brida, y el regimiento detrás silenciosamente y á paso regular. A mitad del repecho nos encontró la tempestad, que

venía de arriba; debieron caer muchos, aunque yo no lo ví; pero seguimos su, biendo apoyados por las seis baterías. Cómo íbamos de sudor y de encendidos por el sol y de blancos por el polvo, casi no me acuerdo. Dos veces encontramos aquella horrenda tempestad de plomo en el camino, pero no hubo en todo el regimiento un chispazo de vacilación. Nadie quería volver sin haber estado arriba.

Llegamos, sí, llegamos por fin. Aquellos diez minutos gastados en el repecho me parecían un siglo. Calló la artillería para no diezmarnos con los otros, y «Retaco» primero, y los «pelones» que quedaban detrás, se metieron como demonios en la trinchera, saltando los parapetos como perros rabiosos, apoyándose unos en el fusil, gateando otros como pudieron y llevados todos de la rabia de cobrarse los desdenes pasados y el espanto contenido de la subida.

Yo no sé lo que hice entonces, ni creo que lo sepan los demás. Dos cornetas que quedaron nos sacaron con gran trabajo de aquella borraquera en fuerza de tocar «alto»; formamos dueños de la Culebra y nos contamos: éramos doscientos. Se habían quedado en el repecho seiscientos hombres.

Anocheció aquel horrible 12 de Junio. Caido ya el sol del otro lado de la sierra, encendía una faja de vapores en lo alto; á aquella luz de grana ví el cuerpo de ejército á los doscientos hombres del regimiento firmes sobre los fusiles, manchados casi todos de polvo y sangre, muchos sin ros, y al coronel «Retaco» á pié y al frente, por haber perdido la montura, cruzado de brazos y esperando órdenes. Llegó el general con los oficiales, que nos miraron serios á través de los lentes, abrazó á «Retaco» y nos dijo volviéndose y con voz entera:

—¡Bien por el regimiento!
Se fué; cuando ya de noche rompimos filas, vino «Retaco» casi de hombre en hombre, atisgado de emoción, diciéndonos una porción de cosas deshilvanadas que todos entendimos, y solos en la altura de la conquistada Culebra, nos volvimos á aquel repecho en que se movían los faroles de la ambulancia, y gritamos en desahogo de nuestras pasadas amarguras y como tributo á aquellos seiscientos héroes que ya no podían endulzarnos:

—¡Vivan los «pelones»!
Federico Urrecha.

PUBLICACIONES INFANTILES

«Alfabeto de la virtud»

Colección de cuentos morales para los niños por D. Francisco Villanova y Pizcueta, Doctor en Derecho Civil y Canónico.

Entre tanto libro de los publicados para la enseñanza de la niñez, pocos, muy pocos hay que reúnan siquiera las principales condiciones pedagógicas que debieran reunir.

Contadas veces los maestros, los pedagogos, los críticos, las autoridades en fin, en materia de enseñanza, especialmente primaria, han puesto su pluma autorizada al servicio de la sana educación é instrucción moral de los niños, exponiendo en la prensa los defectos ó ventajas de los libros que á diario se publican con destino á la enseñanza en las escuelas.

Si esa crítica se generalizara, sus enseñanzas podrían servir de provechoso estímulo á los autores para corregir tanto defecto como contiene la mayor parte de los libros destinados á los niños.

Entre los libros de lectura, por ejemplo, los que más abundan son los de cuentos ó fábulas, la mayor parte de los cuales suelen ser maravillosos ó fantásticos.

Palacios encantados, tesoros escondidos, brujas, hadas, duendes... forman la trama en esas publicaciones infantiles, explotando con narraciones inverosímiles la credulidad de los niños, haciéndoles vivir y aun creer en un mundo fuera por completo de la realidad.

Semejantes lecturas perjudican al niño en sumo grado y destruyen en gran parte la obra educadora de la escuela.

Por el contrario, los cuentos, á los cuales suele ser tan aficionado el niño, cuando reúnen las condiciones pedagógicas imprescindibles en materia de enseñanza primaria, son uno de los mejores y más provechosos medios de educación é instrucción.

